

MEDIOEVO ROMANZO

RIVISTA QUADRIMESTRALE

DIRETTA DA D'ARCO S. AVALLE, FRANCESCO BRANCIFORTI, GIANFRANCO
FOLENA, FRANCESCO SABATINI, CESARE SEGRE, ALBERTO VARVARO

VOLUME XII · 1987

SOCIETA EDITRICE IL MULINO BOLOGNA

Belesa y bel(l)eza:
en torno al verbo portugués *embelezar*

La gran mayoría de los lexicógrafos portugueses y, ante todo, brasileños se ha declarado en sus obras monolingües, por 'aformosear, tornar belo' como primera definición del verbo *embelezar* (escrito, en lo antiguo, con *-ll-*), agregando, entre paréntesis, que se trataba de un derivado de *beleza*, es decir, 'belleza, hermosura'. Entre las — relativamente pocas — excepciones descuella la opinión de C. de Figueiredo quien, sin titubeo, colocó 'aformosear' en la última fila de las glosas y, por añadidura, tachó tal uso de galleguismo, insistiendo en que los significados básicos de la voz eran: 'encantar, arrebatarse os sentidos de, cativar'; a pesar de haber optado por tal jerarquía, Figueiredo también se declaró dispuesto a respaldar la derivación común, tomando como punto de partida el abstracto adjetival *beleza*¹. A título de ejemplo de la opinión dominante, es lícito aducir el juicio de F. J. Caldas Aulete quien, operando con la misma hipótesis etimológica, dividió la gama semántica del verbo en cuestión en tres segmentos, así: *a*) 'tornar belo, aformosear'; *b*) 'ataviar, ornamentar, abrihantar'; y *c*) 'atrair a atenção de, encantar, enlevar, inebriar com a beleza'². No falta alguna que otra tentativa — a decir verdad, nada convincente — de identificar un cuarto matiz semántico, separándolo del tercero: 'tornar estupefacto ou absorto'³; en realidad, no hay modo de trazar una divisoria entre 'inebriar' (es decir, 'embriagar') y 'tornar estupefacto', ya que, según la construcción elegida, parece tratarse de grados distintos de la misma actividad o del mismo estado. Este cuadro tampoco agota la variedad de dictámenes, ya que Caldas Aulete agregó a su clasificación básica, ya citada arriba, la observación de que todavía quedaban por mencionar dos sentidos suplementarios, a saber, *d*) 'excitar a admiração de' y *e*) 'tornar (alguém) estu-

¹ C. de Figueiredo, *Novo dicionário da língua portuguesa*, 4ª ed. (rev.), Lisboa [1925], t. I, p. 700b.

² F. J. Caldas Aulete, *Dicionário contemporâneo da língua portuguesa*, 2ª ed. (rev.), Lisboa 1925, p. 788a.

³ Así procedieron, p. ej., Laudelino Freire y J. L. de Campos, *Grande e novíssimo dicionário da língua portuguesa*, Rio de Janeiro 1942, t. III, p. 2057a.

pefacto', pero que estas dos últimas acepciones parecían proceder más bien de una «corrupción» de *embelear*, verbo que el erudito portugués definía, a su vez, así: 'embair, enganar com boas palavras ou com falsas aparências' (p. 788a), declarándolo reflejo de *IMPLICĀRE* (sin que la independiente existencia de *empregar* 'emplear' le causase honda inquietud en ese contexto).

Varios datos sueltos que hemos ido recogiendo a lo largo de este paseo por un verdadero laberinto no carecen de interés; pero las tentativas de calificar *embelear* como mero brote de *beleza* causan, desde el primer paso, grave inquietud. Como era de prever, el léxico portugués cuenta también con el verbo *em-bel-ecer*, extraído directamente del adj. *belo*; este verbo, del tipo llamado (quizás sin razón) «incoativo», significa también 'tornar belo, fazer formoso, pôr enfeites em', es decir, no se aleja ni en lo más mínimo del significado que casi todo el mundo asocia con el núcleo semántico de *embelear*; en cuanto a derivados acuñados mediante un sufijo, *embelear* parece haber logrado desalojar a su rival como centro o foco de la familia léxica ⁴.

Sea como fuere, no deja de ser extraño que, mientras existía *embelear*, el cual entroncaba muy bien con esp. *embellecer*, fr. *embellir* (y de ahí ingl. *embellish*), it. (*r*)*abbellire* en rivalidad con (*r*)*imbellire*, etc., los lusófonos hayan sentido la menor necesidad o tentación de forjar un verbo tan superfluo y, por lo demás, tan estrambótico, en razón de su arquitectura excepcional, como *embelear* ⁵.

⁴ Se trata de las siguientes formaciones, de estructura y significado transparentes: los abstractos verbales *embelezo* (ant.) y *embelezamento* (que continúa medrando), así como el previsible nombre de actor en *-ador*.

⁵ Lo que llama la atención es que, en un reciente diccionario bilingüe, como *The New Michaëlis Illustrated Dictionary*, 33ª ed., São Paulo 1983, p. 355a, s.vv. *embellish*, *embellisher* y *embellishment*, el equivalente *embelear* preceda a (1) *aformosear* igual que a (2) *adornar*, *enfeitar*, *decorar*, *ornamentar*, etc. Un diccionario bilingüe organizado en dirección opuesta, como el (fidedigno en general) de James L. Taylor, *A Portuguese-English Dictionary*, Stanford 1958, p. 242a, traduce *embelear* por 'embellish, beautify' (registrando aparte su ocasional uso pronominal así como los precitados derivados en *-ador* y *-amento*), invirtiendo el orden de las mismas glosas en el caso de *embelear* (que también queda privado del uso pronominal y de los dos satélites). Por añadidura, *embelear* resultó perfectamente familiar a alguno que otro lusófono brasileño culto a quien consulté. En cuanto a ejemplos del uso moderno cotidiano, ora coloquial, ora literario, me ciño al material aducido por Aurélio Buerque de Holanda Ferreira, *Novo Dicionário da Língua Portuguesa*, Botafogo (R. de J.) [1975], p. 503b: «O bronzeado do sol *embeleza* as pessoas»; «as obras de arte não devem servir apenas para *embelear* ambientes»; «até hoje Sófocles *embeleza* o espírito humano».

Es cierto, se puede dar — pero sólo a título de excepción — que un verbo extraído de un adjetivo también absorba parte del sustantivo abstracto que desde los principios del idioma acompaña el tal adjetivo; así, en lo antiguo, el adj. *vil* estaba rodeado de dos verbos: *envilecer*, enteramente regular, y *a-vil-t-ar*, cuya dental se remontaba a *viltad*. Pero *vil*, en razón de su monosilabismo, seguía rumbo aparte⁶; nada por el estilo se puede alegar en el caso de esp. *bello*/port. *belo*.

Otro obstáculo preliminar que complica la suposición de que, en el caso de *embeleazar*, se trate de un derivado de *beleza* radica en que, de haber pasado así las cosas, un importante matiz semántico del verbo hubiera sido 'transformar en belleza' (al lado de 'llenar o dotar de belleza'). Para evocar una situación concreta, se podría sentar que el acto de convertir, mediante una vara mágica, a una muchacha fea en una niña atrayente y encantadora, eso sí sería un acto de *embelezamento*. Por disgracia para los defensores de tal conjetura, precisamente este matiz falta en la paleta semántica que acabamos de examinar tan pormenorizadamente. Además, se expresa — en portugués igual que en español — el concepto de 'persona (por lo común, mujer joven) de físico hermoso, seductor' por *beldad(e)* más bien que por *bel(l)eza*,

⁶ Sobre la necesidad de reconstruir, en el nivel preliterario, **viltad* 'vileza', cambiado en lo sucesivo ora en *vileza* ora en *vildad* ora en *viltança* y acompañado largo tiempo del verbo (*a*)*viltar*, hay materiales útiles y varias ideas sugestivas en el artículo de Juan Corominas que forma parte de su *DCE*, t. IV, Madrid y Berna [1957], p. 735. La variante *vilt-*, como rival de *vil-*, el cual, a su vez, predominó en el ramo incoativo de esta familia de estructura tan intrincada: (*en-*)*vil-ecer* y sus brotes en *-imiento* y *-edor*, manifestó por última vez su vitalidad cuando Moreto, en pleno siglo XVII, acuñó el adj. *viltoso*. También resulta la bienvenida la alusión del autor a *avecindar(se)* frente a *vecino* y *vecindad*, pareja a que agregaría, ya por cuenta mía, *vecindario*. Pero parece extraño que el filólogo barcelonés no se haya acordado en aquel contexto de *VÍLITĀS*, abstracto bastante común en latín clásico (al lado del adv. *VĪLITER* y del verbo *VĪLITŌ*, *-ĀRE*, estos dos últimos ya de uso más bien excepcional). Llama la atención, por añadidura, la falta de cualquier alusión a *viltà* en italiano, consagrado por un famoso pasaje del *Inferno*, que desde luego, a su vez, apoya la reconstrucción de **viltad* en una capa antiquísima del español. Además, se echa de menos en el análisis de Corominas cualquier explicación de la anomalía señalada. Sospecho que la ultrabrevedad de *vil-* contribuyó a la génesis de la variante *vilt-*, que choca ante todo en el verbo anticuado (*a*)*viltar*; es decir, que en el fondo se trata de una acción terapéutica. Véase, sobre esa categoría de obstáculos, mi reciente estudio (que abarca algunas peripecias de *vil*) «La aversión al monosilabismo en los adjetivos del español antiguo y moderno», *Lingüística española actual*, núm. 6, 1984, págs. 5-27. Sobre (*a*)*viltança* reuní varios datos en mi monografía juvenil: *Development of the Latin Suffixes -ANTIA and -ENTIA in the Romance Languages . . .*, UCPL, t. I: 4 (1945), pp. 103 y 112.

quizás a imitación del fr. (*une*) *beauté*, al que hace eco (*a*) *beauty* en inglés; nótese el calco alemán (*eine*) *Schönheit*.

Por último, la ausencia, en absoluto, de un equivalente español de *embelezar*, por cierto, no aboga por la arribacitada hipótesis de los lexicógrafos. Lo común, para no decir la norma, es que, entre verbos deadjetivales de este tipo, predomine cierto equilibrio entre los dos idiomas, con tal que, desde luego, el adjetivo primario esté representado en ambos⁷; a lo sumo se reconocen ocasionalmente desvios mínimos, como *aformosear* frente a *hermo-sear*. Aun cuando los propios adjetivos divergen en ciertos rasgos de su arquitectura, como *sandeu* se opone a *sandío*, es de regla que el verbo tienda a neutralizar tal contraste (*ensandecer*). Tanta mayor sorpresa causa la ausencia, que sepamos, multiseccular de **embellezar* en terreno español.

Habiéndonos causado cierto desengaño las obras de consulta de orientación lexicográfica, sucumbiremos fácilmente a la tentación de recurrir a diccionarios escritos en clave francamente etimológica, pero el resultado, por desgracia, no dejará de ser el mismo: a partir del *Dicionário* manual etimológico de Francisco Adolfo Coelho, los autores dan por supuesto que *embelezar*, igual que *embelecer*, son y siempre han sido meros satélites de *beleza* y *belo*, respectivamente. Los autores ni siquiera se toman la molestia de registrar tales vocablos, confiando en la habilidad del futuro lector de encontrar *belo* en su debido lugar; sí se topa con cierta variedad de opinión en las respectivas tentativas de ahondar en el origen de *embelecar*⁸.

Habiendo procurado inventariar, talvez con excesiva atención

⁷ Sabido es, p. ej., que a *largo* (ant. *luengo*) les corresponden en portugués no solo *longo*, sino también *comprido*. Ahora bien: existe un verbo *acompridar* 'alargar' (= ingl. 'to lengthen', al. 'verlängern'), el cual desde luego carece de cualquier vocablo 'mellizo' en español.

⁸ F. A. Coelho, *Dicionário manual etimológico da língua portuguesa*, Lisboa [1890], s.v., acariciaba la idea de que *embelecar* contenía, como núcleo, *belo*, lo cual le obligaba a postular el inaudito sufijo *-ecar* < *-icãre* (en lugar de *-car/-egar*). Por desgracia, Anténor Nascentes, *Dicionário etimológico da língua portuguesa*, Rio de Janeiro 1932, p. 265a, reiteró ese absurdo, justificándolo con un inexacto análisis del contenido semántico: 'enganar com artificios, embelezar'; posteriormente, en su *Dicionário etimológico resumido*, Rio de Janeiro 1966, p. 263a, declaró *embelecar* un arabismo, registrando *embelecer* (que logró etimologizar con acierto, eso sí) en merma de *-ear*. José Pedro Machado, *Dicionário etimológico da língua portuguesa*, Lisboa 1956, t. 1, p. 833b, derivó el sustantivo *embeleco* de *belo* con interrogante, pero redimió ese desliz documentando *embelecar* con un pasaje del insigne historiógrafo Azurara (siglo XVI). Se apresuró a extraer *embelecar* de una base árabe, rotulando, en cambio, como derivados paralelos de *belo* a *em-*

a detalles bibliográficos, las varias hipótesis que operaban con un fuerte enlace entre *embeleazar*, por un lado, y *belo/beleza*, por otro, nos encontramos, al final de la fatigosa caminata, en un callejón sin salida. Me atrevo a pensar que, para remediar una situación tan poco satisfactoria, se necesitan dos lances independientes:

a) olvidarnos por entero de *embelecar* que, cualquiera que sea su prototipo exótico, sencillamente no viene al caso; y

b) cortar enérgicamente la cuerda umbilical que, al parecer de tantos eruditos y aficionados, unía *embeleazar* a la familia, ya sobrecargada, de BELLUS.

Las dos metas que acabo de señalar se alcanzan de un golpe con tal que se adopte el siguiente raciocinio: como alternativa no sólo defensible sino, a todas luces, preferible se adoptará la sospecha de que *embeleazar*, en gallego-portugués, encierra un préstamo que los hablantes pidieron al español, a saber, *embelesar* 'pasmarse', voz que, desde luego, nada tiene que ver con *bello*. El linaje de este verbo, a su vez, suscita no pocos problemas; ya Sebastián de Covarrubias, como portavoz de la erudición española de principios del siglo XVII, titubeaba entre tres soluciones, ninguna de las cuales recibiría un fuerte apoyo hoy día: o se trataba, según él, de un arabismo, o *embelesado* suponía la corrupción de [*] *embeleensado* y, de ser así, se prestaba, en virtud de su nasal, al enlace con *veleño* «planta conocida, que saca al hombre del sentido y a todo animal usando della». Además, sin desechar por completo la hipótesis de un entronque con la fitonimia, era lícito pensar en *velesa* como punto de partida, nombre de una planta que Covarrubias, confiando en la autoridad del naturalista Juan López de Velasco, describió así: «... es una yerva que emborracha las ovejas, de do se dixo *embelesado*»⁹. Aunque los

beleazar y *embelecer*, António Giraldo da Cunha, *Dicionário etimológico «Nova Fronteira» da língua portuguesa*, Rio de Janeiro 1982, p. 290b.

⁹ Para reconstruir el pensamiento de Covarrubias conviene consultar cuatro artículos dispersos de su diccionario; véanse los lemas *embelesar*, *-ado*, *veleño* y *velesa*. Sobre el *veleño* se exployó así: «mata conocida en España y muy vulgar, cuyo sugo tiene la virtud de acarrear sueño, y las mesmas hojas enfundadas en algún azerico o almohada tienen la misma virtud». Al *Tesoro de la lengua castellana o española* se remonta además la tendencia, ya señalada y condenada, de tratar a *embelecar* como un miembro más de la misma familia. He aquí los pasajes-clave: «*Embelesado* 'el pasmado, absorto, traspuesto... De aquí se dixo

filólogos del siglo corriente han rechazado casi todos los particulares de estas genealogías medio fantásticas, siguen favoreciendo la idea de un fitónimo como étimon, prefiriendo operar con el tipo **bīlisa*, de descendencia ora visigótica, ora, con mayor probabilidad, celta; la base quedó reconstruida con la ayuda de presuntos reflejos occitánicos, catalanes y españoles — estrictamente a exclusión de la zona portuguesa¹⁰. Por apasionante que resulte la larga historia de esta discusión¹¹, no es de rigor evocar aquí todos sus episodios: basta con hacer constar el hecho de que el conjunto de las circunstancias (para comenzar, la conservación de la *l* intervocálica) aboga por la idea de que, en un principio, el gallego-portugués pidió prestada esa voz al castellano, reinterpretabla poco a poco, dada la ausencia de *belesa* en aquel sector de la península, como derivado de *beleza* 'hermosura'. El más lógico conducto concebible para una reinterpretación tan atrevida y, en cierto sentido, tan brillante era el literario, de no haberse tratado, en cambio, de un elevado ambiente social (p. ej., la corte) abierto a influjos de la poesía lírica, ante todo la de carácter elegíaco.

De quedar aprobado tal hallazgo, resultaría interesante no

también *embeleco* el desvanecimiento que nos causa un mentiroso y fruncidor con cuentos y mentiras que ensarta y enreda...»; «de *veleño* entiendo averse dicho *envelesarse*, que es 'pasmarse', y *estar embelesado*, y *embelecos* 'los engaños que nos hazen embustidores y charlatanes, que nos sacan de sentido'. Véase la edición de Martín de Riquer (Barcelona 1943), provista de un buen índice.

¹⁰ Diez no acogió a *embelesar* ni en la última revisión de su diccionario; sí registró a *beleño*, glosándolo por 'Bilsenkraut' y preguntándose si venía de VENENUM (véanse las pp. 431 y s. en la ed. de 1887). Meyer-Lübke aludió con toda brevedad a *belesa* y al ant. prov. *belsa* en la primera redacción de su diccionario, § 1106, declarándolos descendientes de una voz visigótica. Antoine Thomas, en dos ocasiones sucesivas, se ocupó de *belssa* empleado en un pasaje de un documento provenzal (del año 1433), estableciendo su sentido básico ('veneno usado para exterminar ciertos animales'), identificando el respectivo nombre de actor (*belsorius* en forma latinizada) y observando que el fitónimo, en rigor, correspondía a dos plantas distintas: 'jusquiamme noire' y 'dentelaire'. Véanse sus «Notes étymologiques et lexicographiques: Nouvelle série», *Romania* 39 (1910): 203-5, y una importante reseña, *ibid.*, 40 (1911): 110-1. En aquella altura predominaba la tendencia de declarar a *belesa* germanismo, en vista de la existencia de al. *Bilsenkraut*, que hoy día se interpreta más bien como préstamo pedido a un dialecto céltico. A la primera versión del análisis etimológico todavía prestó su apoyo Walther von Wartburg hacia 1924; ver el t. 1, fasc. 5, p. 369b de su *FEW*, con una observación crítica sobre una conjetura de Vittorio Bertoldi.

¹¹ Obsérvese, en particular, cómo Meyer-Lübke, en la versión revisada de su diccionario, es decir, hacia 1930, se dejó convertir a la tesis celtista. Un cuarto de siglo más tarde, se le adhirió, con mayor cautela, Juan Corominas, cuyo mérito principal, empero, estribó en su documentación de *embeleso* y *embelesar*.

solo como un ejemplo más del traslado de determinada palabra de una familia léxica para otra, proceso visto contra el fondo de un préstamo interrománico y acompañado, como es habitual, de una leve adaptación semántica, sino que, por añadidura, proyectaría cierta luz sobre la osmosis luso-española en el sector sentimental de sus respectivos léxicos, en las postrimerías de la Edad Media y muy a principios de la Edad moderna (siglo XVI).

Además de haber sacado provecho, en general, de una — altamente verosímil — boga literaria el proceso entero cuyo desarrollo seguimos, se vislumbran dos etapas sucesivas en la trayectoria de *embelesar*. La primera de ellas atañe tan solo a la transformación del verbo, que en un principio debió de ser mero término técnico de la vida rural, en un elemento del léxico amatorio y, al final, místico mediante el uso cada vez mayor del sentido traslaticio. La segunda etapa se refiere a una especie de simbiosis o osmosis entre el castellano y el gallego-portugués en las postrimerías de la Edad Media y los albores del Renacimiento, en lo que concierne al vocabulario sentimental, con la consiguiente migración de ciertas voces características de aquel ambiente en una dirección o en otra.

Por dos motivos distintos cabe suponer que la conversión de *embelesar*, voz netamente española de antecedentes bastante humildes (igual que su base *belesa*), en un sugestivo término del léxico amatorio sentimental, se produjo en fecha bastante tardía. Por un lado, el fitónimo *belesa* y el verbo derivado de él, *embelesar*, brillan por su ausencia de los tres glosarios latino-españoles de hacia 1400, y eso que sus compiladores acogieron a (*onbre*) *beninoso* / *veninoso* y a *ponçoña*¹². El léxico del arcipreste de Hita, particularmente abundante en este rincón semántico (testigos los verbos *enervolar*, *enturbiar*, *enveniñar/enveleñar*, etc.)¹³,

¹² Américo Castro, ed. de *Glosarios latino-españoles de la Edad Media*, Anejo 22 de la *RFE*, Madrid 1936, registra s.v. *tabeficus*: *beninoso* (Toledo 510) y la alografía *veninoso* (Escorial 2344). *Ponçoña* figura s.v. *virus* (Toledo 1184); a *tabes* corresponde *podredura* (Toledo 966); y al verbo *tabeo*, *amanzillar* (Escorial 3060). Huelga insistir en que, al ocuparse en su edición paleográfica del «Latin-Old Portuguese Verb Dictionary» (*RPh* 6 (1952-53): 71-103), Henry H. Carter no topó con ninguno de estos verbos; sí encontró vestigios de *amezinhar* frente a *apodrecer*, que nos interesan solo indirectamente.

¹³ Aprovechando la edición crítica del *Libro de buen amor* que debemos a Joan Corominas (Madrid 1967), cito los pasajes siguientes: «*emponas* las lenguas, *enervolas* tus viras» ('flechas'; 183b); «esta dueña me ferió de saeta *enarbolada*» (591a; variante bien documentada en el *Diccionario de construcción y*

tampoco proyecta luz sobre la fase inicial de las fortunas de *embelesar* — silencio que no deja de ser notable. Por otro lado, el diccionario etimológico — en gran parte todavía inédito — de Francisco del Rosal (el original perdido será muy de principios del siglo XVII) sí ofrece una definición de *embelesar* y del participio pasado correspondiente; su comentario nos transporta en pleno ambiente rural y además recuerda lo que hace unos tres cuartos de siglo sacó en limpio, con mucha destreza y pericia, Antoine Thomas en lo que concierne al ant. prov. *belsa*: «Se dixo de las ovejas o mochachos que habían comido *velesa* o *veleño*, con que se emborrachan y emboban»¹⁴. Tampoco carece de interés la circunstancia de que en el siglo XVII, observadores extranjeros, pero también alguno que otro del país, vacilaban entre las grafías *embelesar* y *embeleçar*¹⁵; de tratarse, en efecto, de dos pronunciaci-ones rivales, sería tanto más comprensible (y, por lo tanto, venial) que una voz tan caprichosa terminara por ser confundida con *beleza* y sus brotes al penetrar en territorio gallego-portugués y cundir rápidamente por él.

El conjunto de las antiguas obras lexicográficas, cuyo testimonio ha llegado a ser tan fácilmente disponible gracias a la hábil síntesis de Samuel Gili Gaya, confirma la sospecha de que *embelesar* alcanzó su apogeo tan solo en el siglo XVII; de ahí el discreto silencio unánime de Antonio de Nebrija, Pedro de Alcalá, Cristóbal de las Casas y Sir Richard Percivale, al cual sigue, empero, la locuacidad de Rosal, Oudin, Covarrubias, Franciosini (todo ello ya en el primer cuarto del siglo XVII)¹⁶.

régimen de R. J. Cuervo); «estava *enturviada* con la niebla su mesa» (1274*b*, con un comentario poco feliz de Corominas); «con tus muchas promesas a muchos *enveniñas*» (392*a*); «encantóla de guisa que la *enveleñó*» (918*a*); Corominas comenta así ese pasaje: «*enveleñar* propiamente 'envenenar, hechizar', aquí figuradamente 'hacer perder la cabeza'»; «començó (*a*)*ponçoñar* con *venino* la posada» (1352*d*). Nótese que *HERBULA* es un diminutivo atestiguado.

¹⁴ Debo este informe a S. Gili Gaya, *Tesoro lexicográfico (1492-1726)*, t. 1, Madrid ca. 1958, p. 856*a*, quien también trae las glosas contemporáneas de Palet: 'demeurer ravy, s'estonner, s'amuser'.

¹⁵ Dejándome guiar por la recopilación de Gili Gaya, loc. cit., observo que no solo a Palet le resultaban familiares formas como *embeleçado* y *embeleçamiento* sino que, pasados tres años (es decir, en 1607), el propio César Oudin admitía, como variantes igualmente legítimas, *embeleçar* y *-sar* 'estre estonné & tellement ravy & esperdu qu'on ne sçait ce que l'on fait'. Pero también se perfila temprano el riesgo de una confusión con *embelecar*; véanse las definiciones de Franciosini (1620): 'imbrogliare, infinnocchiare, ingannare' y de Henríquez (1679).

¹⁶ En 1705, Francisco Sobrino comprimió con mucho acierto, s.v. *embelesado* ('hors de soi, ravi comme en extase'), lo que, con anterioridad de casi un siglo

La impresión de conjunto que se saca de un breve examen del material ya citado consiste en esto: el traslado de un pálido término técnico arrinconado como *embelesar* a la corriente principal del léxico se produjo a la zaga de un poderoso movimiento que ampliaba las respectivas gamas semánticas de (por lo menos) cuatro categorías de verbos particulares del español literario (y, en parte, quizás también del hablado). Se trataba de grupos de formaciones verbales que aludían a los actos *a*) de ‘beber’, *b*) de ‘emborrachar(se)’, *c*) ‘emponzoñar, envenenar’, y *d*) de ‘(hacer) perder el juicio, entontecer(se)’. Hace falta, con urgencia, una monografía de tamaño apropiado que agote el asunto de las aludidas trayectorias ora paralelas, ora convergentes de:

a) *embev(ec)er* y *embev(ec)imiento*;

b) *embebdar* (más tarde *-eud-*, *-eod-*), *embriagar*, *emborrachar*;

c) (*em*)*po(n)zoñar*, *embellinar* (*embeleñar*), etc.; y

d) *a-* o *em-bobar*, *atontar* ~ *entontecer*, etc.

Huelga recalcar en el hecho archiconocido de que no se trata por entero de un movimiento espontáneo; la lectura atenta y entusiasta de los autores latinos clásicos, eclesiásticos y medievales empujaba en esta dirección a quienes acudían, como escritores y hablantes, a la lengua vulgar, deseosos de acicalarla en la medida de lo posible, desde Gonzalo de Berceo hasta Juan de Mena y más allá¹⁷. No solo sigue inexistente, que yo sepa, una monografía

entero, ya había inculcado Oudin: ‘ravy, estonné, transporté hors de soy, qui ne sçait ce qu’il fait, enchanté’. A este propósito, resulta instructivo releer aquellas páginas del libro clásico de Ludwig Pfandl, *Geschichte der spanischen National-literatur in ihrer Blütezeit*, Freiburg i. Br. 1929, que examinan el específico vocabulario del misticismo español (43-45): *arreatamiento*, *arrobamiento*, *éxtasis*, *herida de amor*, *ímpetu*, *llaga del corazón*, *visión imaginaria*, *vuelo (de espíritu)*. Lástima que el erudito bibliotecario de Munich ni haya concedido igual atención a los términos coetáneos que arraigan en la evocación *a*) de la embriaguez y *b*) del entontecimiento causados por una fuerte emoción.

¹⁷ No puedo ofrecer aquí más que un pequeño florilegio de formaciones típicas. En lo actual, *embeber* parece haber despejando los matices más sugestivos de su significado primitivo: así, G. M. Vergara Martín, *Diccionario hispanoamericano de voces sinónimas y análogas*, Madrid 1930, p. 108a, lo define: ‘empapar, absorber’ / ‘embutir, encajar’. Pero en lo antiguo no andaban así las cosas: Gili Gaya, *Tesoro*, I, 856a-c, registrando las dos grafías rivales *embeve(s)cer*, cita a Nebrija: ‘stupeo, stupesco’ (*embevecida cosa*: ‘stupidus’); un siglo y pico más tarde, Richard Percivale glosó el infinitivo: ‘to be astonished, to be amazed’, mien-

así concebida, sino que están muy lejos de haberse resuelto varios problemas individuales en cuanto atañe a la etimología y la transmisión de numerosas palabras-clave¹⁸.

tras Alcalá vertió así al árabe granadino el abstracto en *-miento*: 'galaa(t)'. Mientras hoy predominan, cada uno en su nivel, el verbo «noble» *embriagar*, de transparente enlace con *EBRIACUS*, y el «plebeyo» *emborrachar*, en lo antiguo la vo característica era más bien *embebdar*, con base en *ΒΙΒΙΤΥΣ*; inclusive existía el abstracto *embeudez* 'borrachera', documentado (si bien escasamente) por Gili Gaya, p. 856b. Hay ejemplos de su uso en Berceo (*Milagros*, 463c, lección confirmada por Brian Dutton); trae numerosos pasajes (ante todo de Sánchez Badajoz) Julio Cejador y Frauca, en su póstumo *Vocabulario medieval castellano*, Madrid 1929, p. 161b; y alguno que otro Francisco Rodríguez Marín, *Dos mil quinientas voces...*, Madrid 1922, p. 139, con alusión a las aves: «...que dello comieren, se *embeudan* y mueren». La dificultad de explicar *venino* y sus variantes (véase la nota siguiente) no estriba, por cierto, en la escasez de la documentación. Las típicas formas del verbo comparten el polimorfismo con las respectivas bases sustantivales, rivalizando en este respecto *emb-*, *env-eleñar* con *enveliñar* y aun con *embellinar* (Cejador y Frauca, *Vocabulario*, p. 161b, aduce pasajes de Berceo, de Juan Ruiz y aun de Juan de Pineda; casi todos ellos lucen el sentido traslaticio del verbo: 'enfurecer, enhechizar, encantar'); pero tampoco faltan vestigios aislados de *beleñado* (Lucena, *Vida Beata*, año 1499) apoyado por *beleñoso* (Bartolomé de Góngora, *El corregidor sagaz*, ms. del año 1656), el cual, a su vez, hace eco al repetido uso de *veninoso* en el *Cancionero de Baena* (fols. 101r, 119v), al lado de *venino*. Véase sobre esta materia enrevesada la precitada colección de rarezas léxicas compilada por Rodríguez Marín, p. 154, y la tesis de Walter Schmid, *Der Wortschatz des «Cancionero de Baena»*, «Rom. Helv. 35»; Berna 1951, p. 162, con alusión al previo examen del problema en un opúsculo juvenil de Arnald Steiger. En el *Cancionero de Baena* estas formas conviven con *poçoña* y *empoçoñar*, igual que con *vedegambre* 'droga, veneno', voz que encierra un cruce de *MEDICĀMINE* y *VENINO*, teniendo — en resumidas cuentas — poco o nada que ver con *vedar* 'prohibir'. Consúltese sobre *vedegambre* (de uso común en textos medievales) mi estudio de relativo principiante: «Etimología y cambio fonético débil: Trayectoria iberorrománica de *MEDICUS*, *MEDICĀMEN*, *MEDICĪNA*, en: *Home-nagem a Marcel Bataillon: Ibérica*, nº 6 (1961[-63]), pp. 127-171; y sobre la prole de *ϕῶτιόν* un buceo todavía anterior: «The Luso-Hispanic Descendants of *ϕῶτιόν*; a Study in lexical Proliferation», en: *Hispanic Studies in Honour of [Ignacio] González-Llubera*, ed. Frank Pierce, Oxford 1959, pp. 193-210.

¹⁸ El rasgo que de hecho comparten varios romances, si bien en grados distintos, es la tendencia de disimilar las dos nasales intervocálicas, convirtiendo su sucesión en *-l- ... -n-*; tendencia general que prorrumpe esporádicamente y a que llamó la atención Rebecca R. Posner, *Consonantal Dissimilation in the Romance Languages*, «PPS», 19, Oxford 1961, p. 180, pero sin aducir este ejemplo particular. Oscar Bloch y Walther von Wartburg, *Dictionnaire étymologique de la langue française*, 5ª ed., Paris 1968, p. 666b, hacen constar que *velin* se encuentra en francés hasta el siglo XVII.

Para la forma básica del español antiguo, *venino*, parece lo más sencillo pensar en el influjo de *vino*, ya que el procedimiento normal, en la Antigüedad y en la Edad Media, era disolver el jugo de ciertas hierbas tóxicas en una bebida alcohólica; cf. el pasaje de la *Crónica de Espanha* que trae J. J. Nunes, *Crestomatia Arcaica*, 2ª ed., Lisboa/Río, 1921, p. 103: «Meteron-lhe enno *vinho* hua *erva epeçoada*». Algunos estudiosos del francés han reconstruido la base **VENIMEN* para el latín popular provinciano, y W. von Wartburg, *loc. cit.*, aspira a corroborar el

Pintada — más a brochazos que a pinceladas — la escena lexicológica que se presenta al espectador en la España medieval y renacentista, conviene echar una mirada al paisaje correspondiente que se dibuja en Portugal y Galicia. Para poder instar en que, de primero, *embel(l)ezar*, en el oeste, actuó como mero disfraz de *embelesar*, y en que este verbo, a su vez, da la impresión de haber sido privativamente castellano, ante todo en vista de la elocuente ausencia del fitónimo *belesa* de las hablas de la zona atlántica, resulta indispensable cerner el relevante sector del léxico tradicional en territorio gallego-portugués. ¿Cómo se expresaban allí, en lo antiguo, antes de la invasión de *embelesar*, los conceptos que nos conciernen: 'encantar', 'hechizar', 'embriagar', 'embeleñar', 'envenenar', 'embobecer'?¹⁹

A título de orientación preliminar, hojeé el fidedigno glosario

cambio de sufijo postulado refiriéndose a *regain*, todo ello porque la forma más arcaica del francés era *venim* (en Philippe de Thau), en compañía del adj. *venimos*, el futuro *venimeux* (a partir de Benoit), predecesor del cultismo tardío *vénéneux*; cf. el verbo *envenimer*. Con esta opinión concuerdan, por un lado, A. Dauzat, J. Dubois y H. Mitterand, *Nouveau dictionnaire étymologique et historique*, Paris 1964/82, pp. 785b-786a, y, por otro, Ernst Gamillscheg, *Etymologisches Wörterbuch der französischen Sprache*, 2ª ed. (rev.), Heidelberg 1969, p. 887a, quien, sin embargo, se equivoca al acudir al marbete «gemeinromanisch» para caracterizar a *VENĪMEN y al respaldar la viejísima hipótesis de Antoine Thomas (*Essais de philologie française*, Paris 1897, p. 374) de que se trata, en el fondo, de un cruce de VENĒNUM con CRĪMEN.

¹⁹ El glosario preparado por el marqués de Valmar, que acompaña el t. 2 de la edición de las *Cantigas* alfonsinas patrocinada por la R. Academia Española (Madrid 1889), aclara varias voces que encierran interés directo para nosotros: *bavequía* 'desvarío' (p. 840b); *bévedo* 'ebrio, borracho', que equivale al port. *bêbado* y al gall. y ast. *bêbedo* (pp. 641b-642a); *escantaçón* 'hechizo, encantamiento' (p. 680a); *esmarrido* 'afligido, turbado, atónito' (p. 682a); *esperdudo* 'desconcertado, atónito', que el glosador interpreta como provenzalismo disfrazado (p. 683a); *poçón* 'veneno', con alusión a *pozones* y *pozoador* en otros textos coetáneos (p. 740b); pero falta en absoluto cualquier huella de *belesa* y *embelesar*. Enfocando el estado actual del gallego, en seguida echamos de ver que para Leandro Carré Alvarellos el cast. *embelesar* corresponde a *embaír*, *enlevar*, sin que siquiera se tome la molestia de registrar *belesa* (véase su *Vocabulario castelán-galego* encuadernado con la 2ª ed. de su *Diccionario galego-castelán*, La Coruña 1933, p. 530b; nótese allí mismo *embelecer* y *aformosear* como únicas traducciones de *embellecer*). Proyecta mejor luz José S. Crespo Pozo, *Contribución a un vocabulario castellano-gallego*, Madrid 1963, quien, pasando por alto también cualquier alusión a *belesa*, se empeña con acierto en abogar por *embaír*, *ember* (frente al part. pas. *embebido*), *embebecer*, *enfeitizar* y *enlevar* como traducciones castizas de *embelesar* (p. 275), comparando *meiguice* o *meigallo* al esp. *embeleco*, y *embelecer* (según el vocabulario de M. Lurgis Freire, 1931) o *imbelidar* (con base en la preferencia personal del escritor contemporáneo Avelino Gómez Ledo) al esp. *embellecer*. Resulta notable en este contexto el giro gallego: *Está que da xenio vel-a* 'embelesa a quien la mira'.

que suplementa la 2ª edición (1970), escrupulosamente revisada, de las *Cantigas d'escarnho e de mal dizer* preparada por Manuel Rodrigues Lapa. Este magnífico instrumento de trabajo corroboró en seguida mi sospecha de que *beldade*, y no *bel(l)eza*, era el abstracto preferido, para acompañar al presumible provenzalismo *bel*, quedando completamente ausente la forma masc. **belo* y bastante raro — excepto en las *Cantigas de Santa María* — el fem. *bela*; como voces típicas de la poesía trovadoresca continuaban figurando, en el ínterin, *velido*, -a y *fremosa* (p. 15b). La constelación tan familiar a la edad moderna: *bel-o*, a frente a *embelecer* y a *beleza*, adquiere, a la luz de tales hallazgos, un carácter netamente post-medieval, lo cual no puede menos de afectar a nuestro juicio sobre *embelezar*. Cabe suponer que coadyuvaron a darles cédula de ciudadanía en Portugal a *belo* y a *beleza* modelos ultrapirenaicos (a lo mejor, franceses cada vez más que occitanos) y, ante todo, italianos, con el fervoroso entusiasmo por Dante, el triunfo del petrarquismo, etc. Con cristalizarse relativamente tarde gran parte de la familia de *belo* en portugués, bajo la presión cultural o puramente literaria de prestigiosos parangones extranjeros, llega a ser perfectamente natural que haya reinado, en la fase inicial del proceso, una pequeña dosis de inseguridad. Tal debió de haber sido el clima de dudas, deslices, tropezones y errorcillos en que, por equivocación, el pintoresco castellanismo *embelesar*, que para colmo acababa de adquirir una posición de alta estima en su propia patria, pudo infiltrarse fácilmente en Portugal, terminando por quedar absorbido por la recién poderosa familia de *belo*. Así se aclara el misterio del traslado de *embelesar* de una familia léxica para otra, en determinado lugar y momento, dentro de un juego de circunstancias sumamente favorables.

La consulta del glosario de Rodrigues Lapa nos enseña otras varias cosas útiles. Están representados debidamente *louco* 'loco' y *loucura*; además, dejó una huella *desvairo*, que el compilador tradujo, un tanto pálidamente, por 'dúvida, hesitação'. Sabido es que en español, antiguo y moderno, *desvario* equivale a 'delirio', formando parte de una familia bien desarrollada: el verbo *desvariar*, etc., altamente característicos de la lírica amatoria de fines de la Edad Media. Como muestra el grupo -*air*- (en lugar de *-*eir*- o *-*er*-), *desvairo* y las voces afines han de ser de fecha más bien tardía y de ninguna manera reflejan una transmisión paulatina en línea recta, por conducto oral. Caen en las mientes

varias posibilidades de explicación; por si se trata de un antiguo castellanismo en portugués, debió de preceder a *embelesar*, allanándole el camino ²⁰.

Los pocos investigadores que hasta ahora se han aventurado a pisar terreno tan resbaladizo, no solo por razones estrictamente científicas, mantienen con razón que, en el sector sentimental del léxico, la simbiosis u osmosis del portugués y del español en épocas lejanas favoreció la infiltración de voces sueltas y aun de giros fraseológicos de tipo «atlántico» en los dialectos del centro de la península: testigos *echar (de) menos* (< *achar menos*), *ledo*, *pendencia*, etc. ²¹. Corrían parejas, según este modo de pensar, la boga de la lírica y música gallego-portuguesas en Castilla (allá por 1350-1450) con la buena acogida que tuvieron algunas palabras predilectas asociadas íntimamente con aquella cultura de sesgo artístico. Ahora bien: esa opinión resulta acertada y merece aplausos, mientras no se convierte en una regla fija, rígida, por decirlo así: en un dogma inquebrantable.

Como casi siempre sucede en el vaivén de tales contactos multiseculares, la fluctuación trae consigo, a título de inevitable efecto lateral, la migración de alguna que otra voz excepcional en dirección inversa. Los dos fenómenos, en efecto, no se excluyen; además, tampoco coinciden exactamente a lo largo del eje cronológico. La mayor parte de los leonesismos y castellanismos del gallego-portugués penetraron en una época inmediatamente sub-

²⁰ Las obras «clásicas» de la lexicografía portuguesa carecen de alusiones al período que más nos concierne. Por cierto, no se esperaría nada del *Elucidário das palavras, termos e frases...* de Fr. Joaquim de Santa Rosa de Viterbo (Lisboa, 1798-99), de orientación netamente medievalista, quien, por lo menos, registró (t. 1, p. 187a) a *Beleza* como nombre de mujer (Guarda, año 1299) — dato que se negó a confirmar, empero, J. Leite de Vasconcelos, *Antroponimia portuguesa*, Lisboa 1928, pp. 53, 352, enterado tan solo de *Velid-o, -a* (y sus variantes con B-). Por otro lado, los tres revisores del «*Dicionário de Moraes*», a saber, Augusto Moreno, Cardoso Júnior y José Pedro Machado (Lisboa, 1949[59]), se contentaron con citas (t. 4, p. 265ab), no siempre de primera mano, de autores, ora portugueses ora brasileños, relativamente modernos: en la mayoría de los casos, del siglo pasado, como Camilo y Machado de Assis. Está anticuada y parece poco fidedigna la compilación de Domingos Vieira, *Grande dicionário português*, Oporto 1871-74.

²¹ Mis propios esfuerzos, que realicé a la zaga de ilustres predecesores, se extienden desde una nota de principiante sobre *pendencia* (voz que, si no me equivoco, se remonta al port. ant. *peendença* < POENITENTIA), hasta un artículo sobre *ledo* < LAETU, que en la Edad Media largo tiempo estuvo en pugna con *liedo*. Véanse los siguientes trabajos: «Three Spanish-Portuguese Etymologies . . .», *RR* 35 (1944): 307-23; y «The Old Spanish and Old Galician-Portuguese Adjective *ledo*, Archaic Spanish *liedo*», *La Corónica* 9 (1981): 95-106.

siguiente (1450-1600) al siglo de la presión cultural ejercida previamente en dirección opuesta²².

Sin presumir de haber conseguido llenar todos los vacíos, lo cual presupondría un inmenso *travail de patience*, creo estar en condiciones de dar la razón a Cândido de Figueiredo quien, según nos consta, asignó al sentido de 'hermosear' el rango más modesto en la jerarquía semántica de *embelezar*, haciendo hincapié en la preeminencia de significados como 'encantar, arrebatar, cautivar'. Tuvo plena razón, por lo menos en cuanto a la clasificación histórica de la gama semántica — la cual, es cierto, no coincide siempre con la disposición sincrónica, a que tenían pleno derecho de aludir implícitamente los compiladores — ora portugueses, ora brasileños — de las demás obras lexicográficas consultadas. Pero también C. de Figueiredo se equivocó al opinar que el abstracto adjetival *beleza* había actuado como acicate para la cristalización de *embelezar*; en realidad, solo ejerció un influjo secundario — si bien innegablemente fuerte.

El clima socio-cultural en que se efectuó el préstamo reconstruido en el presente estudio debió de ser aquel mismo que presidió el bilingüismo literario, evocando en nosotros recuerdos del *Cancioneiro geral* de Garcia de Resende así como de tantas obras de Sá de Miranda, de Gil Vicente y del propio Camões²³.

YAKOV MALKIEL

University of California, Berkeley

²² En realidad, se vislumbran dos clases de reacción en portugués frente al grave riesgo de castellanización paulatina: *a*) la adopción (a veces a raíz de una leve adaptación) del extranjerismo, como precisamente en el caso que seguimos indagando; y *b*) una resistencia, no sólo firme sino excesiva, la cual se manifiesta en la pérdida de rasgos que sólo dan la impresión de haber sido importados desde Castilla. Sobre este último fenómeno, recién descubierto e interpretado en clave sociolingüística, pueden consultarse mis dos trabajos de muy reciente cosecha: «Excessive Self-Assertion in Glottodiachrony: Portuguese *sofrer* and its Latin and Spanish Counterparts», *Lingua* 65 (1985): 29-50; y «Divergent Developments of 'Inchoatives' in Late Old Spanish and Old Portuguese: A Further Instance of Excessive Self-Assertion», que está para salir en un tomo dedicado a la memoria del profesor H. Blanc que preparan en la actualidad Alexander Borg y Paul Wexler (Tel Aviv). Lo más probable es que las dos corrientes, al parecer, mutuamente contradictorias pertenecen a períodos sucesivos; pero también es concebible que eran simultáneas, representando tendencias contrarias de dos capas sociales muy distintas.

²³ Quien fue quizás el primero en entrever la posibilidad de agrupar el esp. *embelesar* con el port. *embelezar* (adujo también la variante anticuada en *-çar*) fue Fernando Antonio Martínez en calidad de redactor del póstumo t. 3, fasc. 1,

SUPLEMENTO

Ya llevada a cabo la indagación presente, descubrí por puro azar que se había ocupado con anterioridad en la confusión de *belesa* y *bel(l)eza* Joseph M. Piel en la segunda serie de sus valiosos «Beiträge zur portugiesischen Etymologie und Wortgeschichte»; véanse los *Aufsätze zur portugiesischen Kulturgeschichte* (= *Portugiesische Forschungen der Görresgesellschaft*), Primera época, t. 9 (1969-72): 97-109, esp. los núms. 15 y 16. Piel y yo coincidimos en la solución del problema, si bien avanzamos por caminos muy distintos. Aunque su nota jugosa no abarca más que dos párrafos, contiene varios datos interesantes, que me apresuro a resumir. Encontró en un libro inaccesible para mí: A. A. Cortesão, *Subsídios para um dicionário completo (histórico-etimológico) da língua portuguesa*, Coimbra 1900-01, s.v., la grafía *embelessar* ‘aturdir, embaraçar’, que interpretó con acierto como prueba contundente de que la voz encierra un préstamo pedido al español [del Siglo de Oro]. Proporciona el nombre científico del arbusto en cuestión: *Bupleurum fruticosum*; lo localiza en el sur del país (Algarve, Alentejo, Estremadura), respaldándose en el tratado sobre la fauna de Coutinho; y opina que las bayas igual que las hojas eran venenosas. En cuanto a la conservación de la *-l-* entre vocales, no la juzga chocante mientras se trata de una voz de transmisión mozárabe, citando — a la zaga de Menéndez Pidal — el topónimo *Mértola* que, según parece, descende de MYRTILIS. Todo ello no quita nada a la hipótesis de que, usada en su sentido traslaticio, la voz representa un castellanismo.

Me alegro tanto más de poder llenar a tiempo esta laguna en mi documentación como que, hace años, cometí por descuido el lamentable «paso en falso» de pasar por alto otro trabajo del benemérito filólogo de Colonia que venía al caso y en que él se me había adelantado. Su nutrida nota «Ein verschollenes hispano-romanisches Suffix: gal-port. *-én, -ém* < lat. *-ĒDŌ, -ĒDINEM*» que salió en la misma serie, t. 14 (1976-77): 299-302, merecía figurar como importante eslabón en mi propio artículo de fecha incontestablemente posterior: «Las fuentes del sufijo luso-hispánico *-én: -ĀGINE* y *-ĒDINE*», que figura en el t. 2 («Lingüística») de la miscelánea-homenaje *Philologica Hispaniensia in Honorem Manuel Alvar*, Madrid 1985, pp. 407-15.

Bogotá 1959, del *Diccionario de construcción y régimen* de Rufino José Cuervo: véanse las pp. 106b-108b. No ahondó en el intrincado problema de la relación de la voz portuguesa con su congénere española; pero sí adujo, en apoyo del étimon *belesa*, un pasaje muy sugestivo de Gonzalo (Fernández de) Oviedo (1478-1557), *Historia general y natural de las Indias*, t. 1, p. 424, quien ofreció una descripción pormenorizada de cómo ciertos pescadores indios aturdían los peces con un veneno parecido a la belesa (o al barbasco), que se disolvía fácilmente en el agua, o que los peces golosos se comían. El historiógrafo-naturalista acudía en ese contexto a verbos como *endormecer*, *embarbasca* y *embeodar*, evitando *embelesar*: ¿pura coincidencia o indicio de que este último verbo ya había comenzado su carrera vertiginosa? Sea como fuere, la documentación del propio Cuervo abarca pasajes de autores algo posteriores: Ercilla, Mariana, Cervantes, Lope de Vega, Quevedo, Luzán, etc.